

Nazario A. Sánchez
Mastranzo*

A N T R O P O L O G Í A

Del mito al rito: territorio simbólico de una comunidad nahua**



El estudio del territorio entre las diferentes sociedades contemporáneas constituye hoy un reto excepcional. Así como los demógrafos, biólogos y otros científicos intentan definir lo que podría considerarse como el entorno donde una sociedad desarrolla su actividad, los antropólogos han utilizado una amplia serie de parámetros metodológicos desde donde se puede aprehender el significado cultural del territorio y sus usos. Nosotros analizamos las fiestas, buscando sobre todo las formas de integración y de desintegración social, que parten de una dialéctica evidentemente social y brindan un espacio para la expresión simbolizada de múltiples aspectos de la vida social (Collin, 1994: 7).

Así, la fiesta o la celebración es también integradora y disgregadora en torno al santo patrón, fungiendo éste como el eje sobre el cual el ritual y el territorio se entrelazan para determinar o marcar el espacio local.

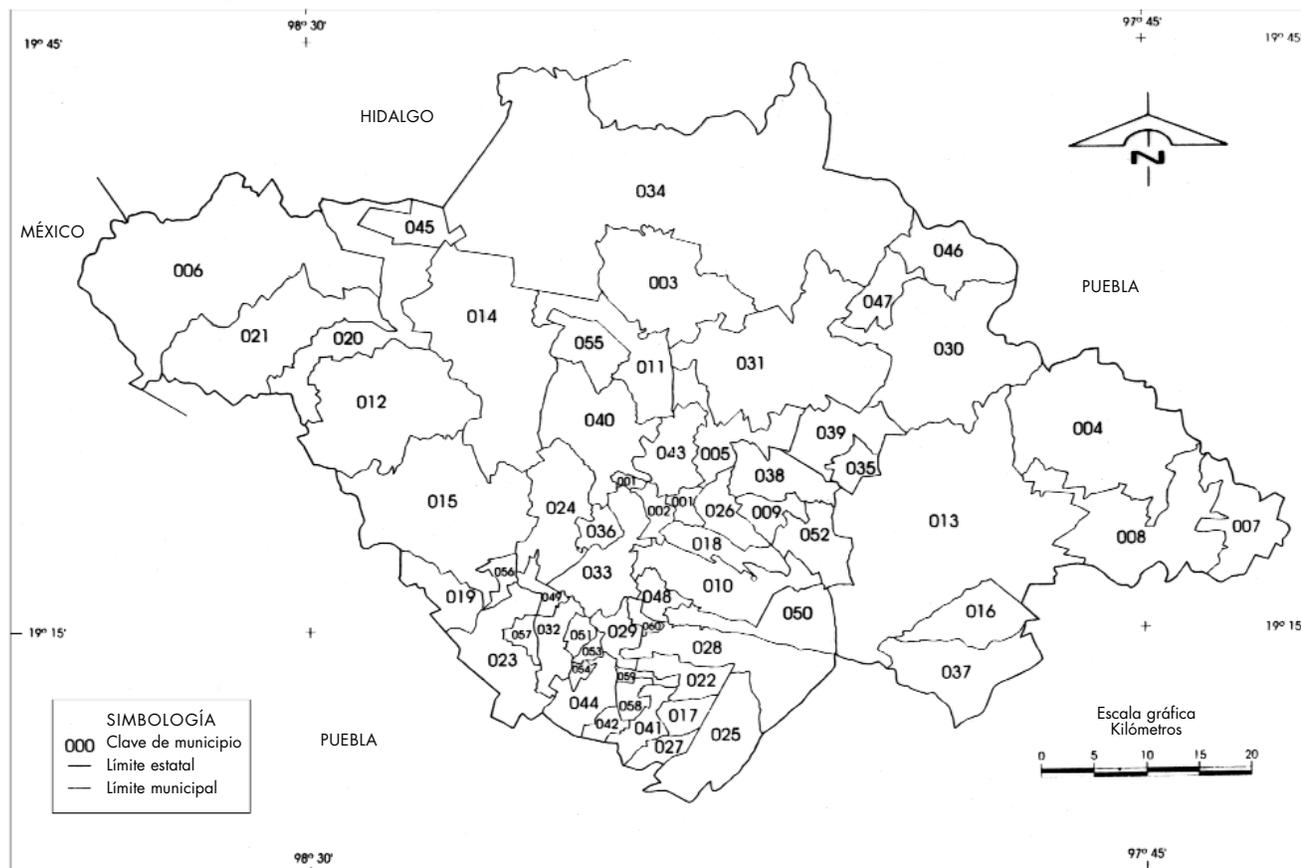
Partimos del principio de que el territorio es formal y simbólico, coincide en algunas ocasiones aunque a veces no es así. Por territorio formal debemos entender el espacio ocupado por un pueblo o un grupo de individuos, reconocido por otros como particular. Por su parte, el territorio simbólico no se aprecia físicamente por las personas ajenas al mismo, sino que se encuentra presente en el inconsciente colectivo de los miembros de la comunidad.

Aquí interviene otro elemento: la ritualidad, cuya presencia se debe principalmente a la reactualización mítica de la comunidad, además de que el santo patrono constituye siempre la base de la organización social y del consenso simbólico, en cuanto es considerado no sólo como protector y abogado local, sino sobre todo como centro de convergencia de todas las relaciones sociales, principio vital de la comunidad y elemento clave de su

* Centro INAH Tlaxcala.

** El material etnográfico ha sido recopilado desde 1998, a partir del proyecto Etnografía de La Malinche, que a su vez depende del proyecto nacional Etnografía de los Pueblos Indígenas de México.

Mapa 1. División geoestadística municipal



Nota: Los límites fueron marcados por el INEGI con el fin de captar y presentar información estadística y no necesariamente coinciden con los político-administrativos.

Fuente: INEGI, *Marco Geoestadístico*, 1995, inédito.

identidad. Así, el santo patrón es el corazón del pueblo y resume en sí mismo su identidad histórica, su realidad presente y su destino (Giménez, 1978:148).

De esta manera, los tres tiempos de la comunidad, pasado, presente y futuro, es decir su historia territorial, se manifiestan en el seno de la comunidad misma y permean a cada uno sus miembros estableciendo la identidad territorial de adscripción. Esta adscripción se expresa en dos direcciones: una, hacia adentro de la comunidad, ubicando las subdivisiones (barrios, parajes), y dos, hacia afuera, con los pueblos circunvecinos. El proceso anterior involucra no sólo al eje antes/ahora, sino por lo menos otros tres ejes de contraste: adentro/afuera, centro/periferia, arriba/abajo (Portal Ariosa, 1997: 77). Precisamente el presente trabajo se centra en el estudio del territorio inmediato de la comunidad. Nuestra principal atención se orienta hacia el análisis de las procesiones como marcadores del territorio inte-

rior, de aquél que sirve como identificador entre los individuos de una comunidad, aunque sin dejar de establecer las semejanzas y diferencias habidas con las peregrinaciones.

Las procesiones: el adentro y el afuera

Morfológicamente, las procesiones son diferentes de las peregrinaciones, que a lo largo de la historia de la liturgia se han arraigado en la religiosidad popular. Se trata de movimientos que van de un lugar a otro —no muy distante—, partiendo de un punto determinado en el espacio ritual y regresando a él (Báez-Jorge, 1998: 71-72).

La procesión es una marcha ritual de imágenes y de personas, pero en un escenario local, según normas preestablecidas y siguiendo un camino parabólico cuyos puntos de partida y de llegada coinciden siempre o al menos resultan equivalentes. La procesión puede ser

un rito de distinción, de apropiación o de celebración, pero no de comunicación debido a que no tiende puentes de relación hacia el exterior. No implica la penetración en un espacio sagrado privilegiado (aunque las imágenes pasen de una iglesia a otra, y permanezcan en ellas por determinados periodos). Además, el movimiento de imágenes y de personas en una procesión no constituye nunca un desplazamiento real, como en las peregrinaciones, sino enteramente simbólico. Todo se reduce a describir un círculo que reconduce siempre al punto de partida, como si nada se hubiera movido realmente (Giménez, *op. cit.*: 55-56).

En la concepción cosmogónica se distinguen tres planos: el ultraterreno e infraterrenal, los espacios ocupados por las divinidades y el concedido a los hombres. El punto de contacto con las divinidades son los espacios sagrados: los cerros, las cuevas, los ojos de agua, el bosque, la tierra de cultivo, así como los adoratorios en el pueblo: el cementerio, la cofradía, los altares domésticos, la iglesia (Vargas Montero, 1992: 184). Precisamente esos espacios se vinculan a partir de los recorridos efectuados en una procesión, donde la imagen del santo es llevada y su presencia particular refuerza las propiedades y características sagradas del lugar. Los espacios sagrados casi siempre sirven de límite entre los diferentes pueblos, pero más aún entre los hombres. Es por ello que cada una de las comunidades les otorga valores simbólicos tan diversos que parecen tan contradictorios, pues mientras que determinado lugar resulta sagrado para unos, también puede ser maléfico para otros, razón por la cual los ritos dedicados al mismo espacio se dan en forma y contenido diferentes.

Los límites son reafirmados periódicamente mediante celebraciones litúrgicas en las que participa el conjunto de la comunidad. Las procesiones recorren linderos, visitando capillas o adoratorios, y los santos patronos o advocaciones tutelares consagran el espacio. Con su patrocinio, su aura sagrada y temporalidad se fortalecen en la escenificación festiva, y mediante rituales colectivos o familiares semantizan el espacio como manifestación de la voluntad divina, corroborando año



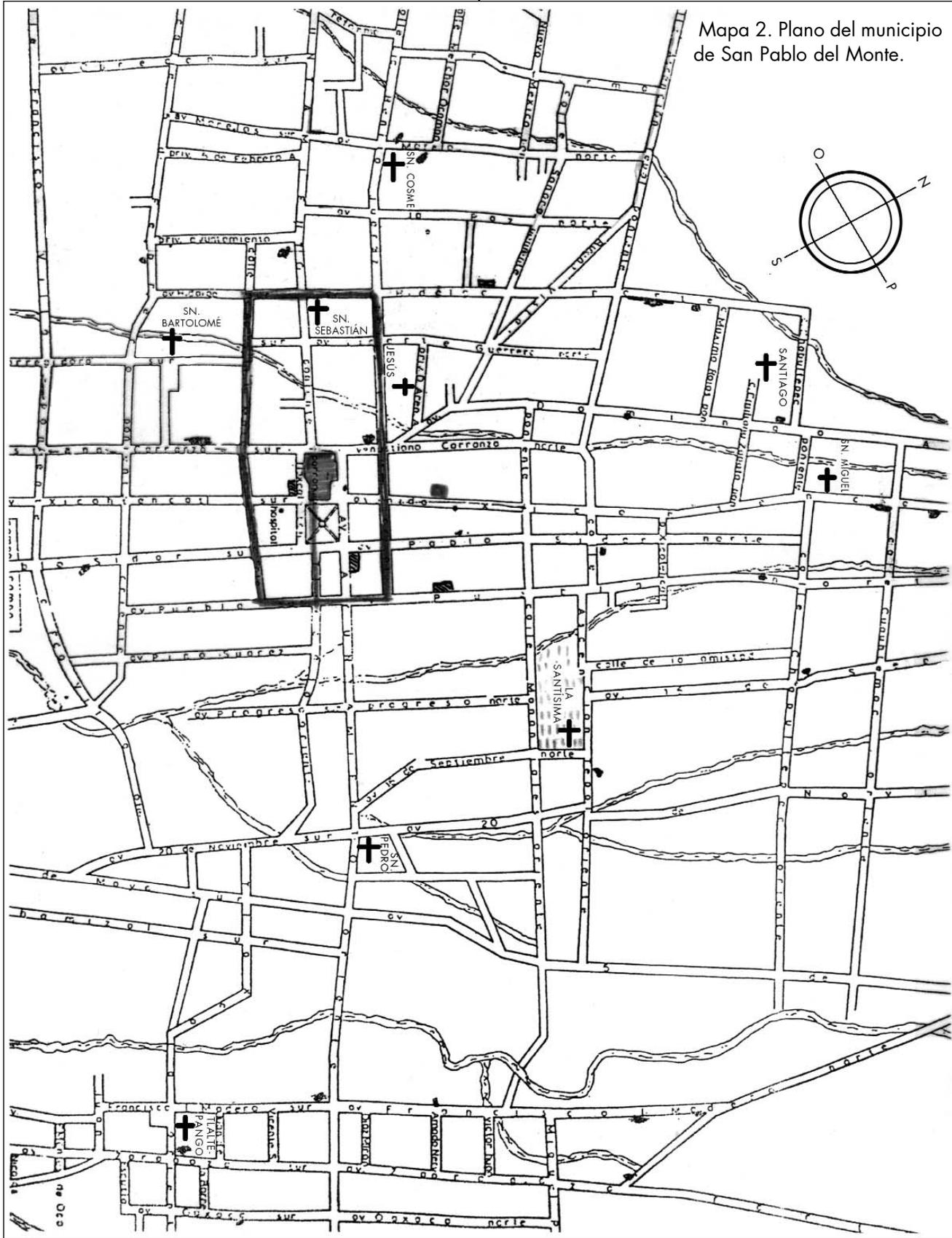
Otra de las imágenes más importantes en la procesión, es sin duda la Virgen María. En la gráfica la advocación de los Dolores es llevada por mujeres.

con año derechos de posesión e identidad etnocomunitaria (Velasco Toro, 1993: 43).

La consagración del adentro

Ahora bien, para los habitantes de la comunidad, el territorio interno está marcado por el centro de la población, donde se ubica el templo católico. Sólo en el caso de San Pablo del Monte, además de la parroquia, existen en cada uno de los barrios una capilla que hace a su vez el centro del barrio. A la par del establecimiento de una relación ritual en el centro de la población, las fronteras sirven también como mecanismos de identificación: “los que viven de este lado pertenecen a este barrio, aquellos no”. Eso establece que gran parte de los habitantes del centro vean con cierto escepticismo la participación de los vecinos de la periferia en las actividades rituales, y en otros casos provoque —como sucedió en el barrio de San Cosme de San Pablo del Monte— que los últimos mayordomos principales hayan surgido de las periferias, como tratando de convencer al resto de la población que ellos también son hijos del barrio.

Mapa 2. Plano del municipio de San Pablo del Monte.





El Divino Salvador del Monte, sale de la parroquia para dar inicio a la procesión.

Y precisamente al concebir el territorio como propio, los habitantes de los barrios realizan una serie de prácticas rituales que les permiten reforzar el carácter simbólico de cada uno de ellos, al tiempo que cada uno de los ritos representa la manera de ligar el colectivo social con los lugares sagrados. Esta relación diádica permite entonces establecer los puentes en los momentos de petición y también de agradecimiento por los favores hacia las deidades cristianas y paganas.

Asimismo, se puede considerar al territorio como una construcción histórica y de práctica cultural, y precisamente esta última permite observar dos ejes de territorialidad: la comunitaria y la privada. La primera es considerada como aquella donde los miembros de la comunidad realizan alguna actividad orientada a reforzar los lazos de identidad. Por su parte, los espacios privados son aquellos donde un individuo o su familia, realizan sus actividades cotidianas basadas en un orden propio, estableciendo roles y conductas que pueden no corres-

ponder a otras unidades locales dentro de la misma comunidad. Pero al final ambos espacios, los públicos y los privados, funcionan como elementos de identidad a partir de la conjugación de las particularidades.

El valor dado a cada uno de los espacios está en razón de lo que representa para los individuos; así se puede diferenciar entre espacios sagrados y seculares. Los primeros corresponden a aquellos lugares que en la geografía de los habitantes representan un punto de contacto con la divinidad: ojos de agua, montículos en medio de planicies, mojoneras, lugares de aparición de algún santo, etcétera, y cuya importancia se determina a partir del grado de favores otorgados a la comunidad, aunque vale señalar que el momento de celebración de cada uno de ellos también está sujeto al calendario ritual de la propia comunidad. Por lo anterior, los integrantes de la comunidad necesitan reforzar el valor y el poder simbólico que cada espacio posee, por lo cual cada determinado tiempo —en el día señalado— concurren para hacer entrega de las prendas que el mismo lugar exige, ya sea para asegurar la cosecha, la lluvia, proteger la siembra de las plagas y de las inclemencias del tiempo, o para agradecer la cosecha.

Los espacios seculares, a su vez, son aquellos que no guardan una relación de don entre las deidades y los individuos, aunque conservan una estrecha correspondencia en la conformación del territorio. Estos espacios son lugares donde los individuos realizan sus actividades cotidianas y no poseen un valor simbólico determinado; más bien su valor le es dado en función de la utilidad particular que las familias y los individuos les otorgan en determinados momentos. A diferencia de los lugares sagrados —que siempre serán sagrados—, los espacios seculares se pueden convertir en una extensión de la casa, del templo, del mercado y cuando dejan de serlo, simple y sencillamente dejan de serlo. Quizás por esa razón su carácter es más dinámico, llegando incluso a indicar los espacios de convivencia fuera del ámbito del hogar.

El espacio estudiado

Este mismo tiene una característica histórica, conformada desde la época colonial como una entidad territorial,



Cristos. En primer plano el de una familia y en segundo el que se venera en la capilla del barrio de San Cosme.

bajo el adoctrinamiento del convento franciscano de Puebla. Al momento de la secularización, las comunidades constituyeron la parroquia de San Pablo Cuauh-tototlan, cuya cabecera se localizaba en el actual San Pablo del Monte (Trautmann, 1981: 74). Otra característica es que desde la Colonia, los pueblos estaban divididos en barrios, que al parecer se constituían por familias emparentadas entre sí (Rojas, 1987). Esta subdivisión barrial persistió a lo largo del tiempo, y en la mayoría de los casos dio origen a otros barrios, hasta llegar a los que actualmente se tienen.

Por barrio se entiende a los grupos sociales localizados dentro de un territorio y ligados a partir de relaciones consanguíneas y rituales, es decir, conformados por las familias emparentadas entre sí, debido al matrimonio de sus miembros y al servicio que presta a la actividad ritual requerida por el sistema de cargos (Sánchez Mastranzo, s/f: 5). Al interior de los barrios se establece la relación centro/periferia, que sirve de justificante para que al momento de la fiesta y por lo tanto de la procesión sirva de elemento de unidad entre las familias que habitan el centro con aquellas que viven en la periferia, como lo veremos más adelante.

San Pablo del Monte se localiza en el extremo sur del estado de Tlaxcala, en las faldas del volcán La Malinche, a una altura de 2 300 msnm, al nororiente del

valle poblano-tlaxcalteca. El municipio se conforma por doce barrios, los cuales se ubican hacia el norte, al oriente y al poniente del territorio, a saber: San Sebastián, San Bartolomé, San Pedro, Tlaltepango; la Santísima, San Nicolás, El Cristo, San Miguel; Santiago, Jesús, San Cosme y San Isidro. La comunidad de San Isidro Buensuceso es considerada como un pueblo aparte, pues aunque depende administrativamente del municipio de San Pablo, en su organización religiosa funciona de manera separada, al igual que Tlaltepango, que desde hace algunos años se separó del sistema de cargos rotativo y creó su propio sistema, al momento de ser erigida la cuasiparroquia.

Las mayordomías del pueblo se rotan entre los diez barrios que participan en el complejo sistema de cargos. Éstas se agrupan de la siguiente manera: Fiscal 1º, Fiscal 2º, Fiscal 3º, Fiscal 4º; Santísimo Sacramento, Santo Entierro, Divino Salvador del Monte, San Pablo, San Pedro, La Resurrección, San José, Santo Ecce Homo, Corazón de Jesús, San Pedro Nolasco, Virgen de Guadalupe, Virgen de los Remedios, Virgen del Carmen, La Purísima Concepción, Virgen de los Dolores, Santa Bárbara, San Miguelito, Santo Angelito, San Dieguito, San Antonio y Niños Mártires.

El trabajo que aquí se presenta tiene que ver con la imagen del Divino Salvador del Monte, y la procesión que a continuación analizamos se realiza el Jueves Santo por la noche.

La procesión

Después de los oficios respectivos a la institución de la eucaristía, en el interior de la parroquia es colocada la imagen de Jesús en un cubículo enrejado, que representa la prisión. En el atrio comienzan a llegar imágenes de Cristo crucificado procedentes de cada uno de los barrios —algunos llevan más de uno—, así como imágenes de la Virgen de los Dolores, de San Juan Apóstol, de San Pedro Nolasco y de La Verónica. Cada una va tomando su lugar en la fila formada, desde

la entrada al templo hasta la portada del atrio. Su arribo es en “andas” y con un “rezandero”, quien se encarga de dirigir oraciones y alabanzas.

Alrededor de las diez de la noche ya han llegado todos los participantes, y es el momento en que la imagen del Divino Salvador del Monte se coloca en la parte posterior de la fila, y los fiscales delante del anda principal. Inicia entonces la caminata y todas las imágenes son levantadas en hombros para comenzar la procesión, avanzando ésta de poniente a oriente, en dirección hacia la calle Puebla. En la portada del atrio se ha colocado un arco con flores, y en la esquina de las calles de Tlaxcala y Puebla otro arco enmarca el momento en que el séquito da vuelta hacia el norte. El grupo avanza hasta encontrar la avenida Juárez, doblando ahora hacia el poniente, donde ya esperan cuatro imágenes provenientes del barrio de San Miguel, quienes también se integran.

La procesión sigue avanzando, y entre las calles Xicohtencatl y Venustiano Carranza se encuentran con otro arco. Prosigue hasta la esquina de Juárez e Hidalgo, donde se localiza otro arco y dan vuelta hacia el sur, pasando por enfrente de la capilla del barrio de San Sebastián, donde se ha instalado otro arco. Continúa hacia la esquina con la calle Adolfo López Mateos, en donde gira hacia el oriente; unos metros adelante encuentra otro arco con flores y avanza hasta encontrar la esquina con la calle Puebla, donde vuelve a virar hacia el norte para encontrarse con otro arco floral. Aquí da vuelta hacia el poniente y se encamina hacia la parroquia donde antes de cruzar la portada del atrio las imágenes se van retirando hacia las capillas de origen. Únicamente ingresan a la parroquia las imágenes de San Pedro Nolasco, la Verónica y por supuesto el Divino Salvador del Monte.

La interpretación del rito

La procesión aquí descrita lleva en su interior una serie de elementos que se entrelazan para formar lo que podemos llamar la identidad étnica. No pretendo decir que los elementos descritos implican *per se* la identidad, sino que la vinculación con otros conforman las bases centrales de la identidad (Bartolomé, 1997: 78).



El Divino Salvador del Monte en el transcurso de la procesión, es quien cierra el recorrido, remarcando el territorio del pueblo antiguo.

El recorrido procesional tiene un tiempo bajo el cual se inscribe la noche, que es el momento del origen, cuando las deidades organizan la vida en la tierra y ordenan el caos cósmico. De ahí entonces que la procesión nocturna implique precisamente el orden del espacio comunal, que como veremos más adelante se inserta en el recorrido.

El trayecto inicia precisamente en dirección hacia el oriente y recorre en sentido levógiro (antihorario) un rectángulo, donde las cuatro esquinas indican la entrada de los cuatro barrios antiguos: Temilco, Miyahuatlán, Mimiyaquahapan y Hacuacuilco (Rojas, *op. cit.*, fol. 27v.; véase Mapa 2). De los barrios viejos sólo hemos podido ubicar precisamente a Miyahuatlán, que es el actual barrio de San Cosme; de los otros podemos decir que fueron integrándose en el proceso de conformación de los actuales barrios, que terminaron por absorberlos.



Durante la procesión se pueden ver algunas otras imágenes, además de los Cristos, en la gráfica San Pedro Nolasco.

Los arcos floridos corresponden precisamente a la presencia de los barrios actuales, debido a que cada arco es colocado por los mayordomos de los diferentes barrios. Cada arco tiene asignado su lugar, y cuando algún mayordomo se olvida de adornarlo, la crítica de los demás no se hace esperar.

La colocación de los fiscales al frente de la imagen del Divino Salvador del Monte, representa sin duda la reafirmación de la autoridad de aquéllos. Y es que para los habitantes de la comunidad, el Divino Salvador del Monte es la imagen sagrada más importante, incluso por sobre San Pedro y San Pablo, de ahí incluso que la

fiesta se celebre el segundo viernes de cuaresma, siendo más importante que la del 29 de junio, fiesta del santo titular.

La presencia de los barrios a través de las imágenes de los cristos y de los arcos floridos, cuya colocación es conocida por generaciones, implica el reconocimiento por parte de cada uno de los barrios, viejos y nuevos, de quien ha otorgado el espacio dentro del cual se realizan las actividades cotidianas y rituales.

Para concluir, podemos afirmar que la procesión del Jueves Santo en San Pablo del Monte es la reactualización de la fundación del pueblo en sus orígenes míticos. De ahí entonces que los protagonistas establezcan una relación estrecha en el intercambio de dones, a través de la participación colectiva de la población en la organización y en la realización del rito.

BIBLIOGRAFÍA

- Báez-Jorge, Félix, *Entre los naguales y los santos*, México, Universidad Veracruzana (Biblioteca), 1998.
- Bartolomé, Miguel Alberto, *Gente de costumbre y gente de razón. Las identidades étnicas en México*, México, Siglo XXI-INI, 1997.
- Collin, Laura, *Ritual y conflicto. Dos estudios de caso en el centro de México*, México, INI-Sedesol (Fiestas de los Pueblos Indígenas), 1994.
- Giménez, Gilberto, *Cultura popular y religión en el Anáhuac*, México, Centro de Estudios Euméricos, 1978.
- Portal Ariosa, María Ana, *Ciudadanos desde el pueblo. Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoltepec, Tlalpan, México, D. F.*, México, UAM-CNCA, 1997.
- Rojas, Teresa, *Padrones de Tlaxcala del siglo XVI y padrón de nobles de Ocotelulco*, México, CIESAS, 1987.
- Sánchez Mastranzo, Nazario A., "Bosquejo cultural del barrio de San Cosme en San Pablo del Monte", H. Ayuntamiento de San Pablo del Monte, s/f.
- Trautmann, Wolfgang, *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial. Una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*, Wiesbaden R.F.A., Franz Steiner Verlag GMBH, 1981.
- Vargas Montero, Guadalupe, "Espacio físico y espacio sagrado. La territorialidad en una comunidad mixteca (Oaxaca, México)", en *La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*, núm. 84, Xalapa, Ver., oct.-dic. de 1992, pp. 179-189.
- Velasco Toro, José, "Espacio sagrado, territorialidad e identidad en la tradición cultural indígena", en *La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*, núm. 87, Xalapa, Ver., jul.-sep. de 1993, pp. 39-54.